

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Desde el día 13 del actual queda abierto el pago de la mensualidad de octubre último, por consiguiente los Sres. partícipes pueden presentarse á percibir la suya en los arciprestazgos respectivos. Madrid 10 de noviembre de 1857.—Marcos M. Lainz.

CONTINUACION DE LAS CONFERENCIAS DEL P. FELIX, INSERTAS EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Señores, es necesario convenir en que la humanidad yendo en pos del progreso, puede engañarse y se engaña demasiado. Como un hombre llama verdades á sus errores, y virtudes á sus vicios, la sociedad entera puede llamar progreso á sus marchas retrógradas. Lo que hay de fatal en la sociedad, no es el progreso mismo, es la aspiracion del progreso. Meditar en él, invocarle y seguirle es una necesidad; pero llegar ó no á él; en esto consiste su libertad, libertad terrible en cuya eleccion compromete la sociedad su grandeza ó su abatimiento, su progreso ó su decadencia, su vida ó su muerte.

¡Ah! señores, cuando todo un pueblo sufriendo toda la fascinacion de esta pa-

labra, *el progreso*, se engaña sobre su verdadero sentido, cuando designa todo lo que humilla y le degrada, ¿qué debe suceder? Sucede que ese pueblo seducido y fascinado caerá en un vértigo y dirigirá contra si su propia energia. Todo lo que le quede de grandeza conspirará contra su grandeza, y cada uno de sus movimientos servirá para precipitarle. Pueblo gigante, quizás dará grandes pasos, pero grandes pasos fuera de camino. La bandera del progreso desplegada sobre su cabeza, coronada de glorias estériles y de grandezas facticias, caerá paso á paso por las pendientes fatales de la decadencia, que conducen á abismos dedonde los pueblos no salen sino cuando los saca la mano de Dios, y atraidos por su omnipotencia

Ved ahí á vuestro siglo: así lo he visto yo, así le hé juzgado, ¿estoy, por ventura, engañado? ¿hé caido en algun error? ¿estoy dominado por alguna fascinacion? Si así fuera, vosotros me lo perdonaríais, porque mi ilusion me la comunicaríais y mi error seria obra vuestra. Leyendo vuestras obras, escuchando vuestras palabras, contemplando vuestras obras es como yo he sentido la fuerza de esta conviccion de la misma manera que el sol afecta mis ojos. Hombres de vuestro tiempo, bien puedo deciros, evocando un recuerdo de la elocuencia antigua, si yo estoy engañado, lo estamos todos. Pero nó, no nos hemos engañado, hemos

dicho la verdad, cuando hemos reasumido en esta palabra, *el progreso*, las ideas, las pasiones, las voluntades contemporáneas. Lo juro por vuestras preocupaciones, por vuestras ambiciones, por vuestras terribles tendencias; lo juro por vuestras creaciones y por vuestras ruinas; lo juro por todas vuestras obras; lo juro por vosotros mismos; sí, teneis una idea dominante, la idea del progreso, sí, teneis una pasión dominante, la pasión del progreso, sí, teneis una voluntad dominante, la voluntad del progreso.

Y yo os pregunto ahora. ¿Qué es preciso hacer ante esa idea, ante esa pasión y ante esa voluntad? ¿Qué? ¿anonadar esa idea? ¿estinguir esa pasión? ¿romper esa voluntad? No, y mil veces no. Ni podemos, ni debemos, ni queremos. Si no somos de los que sueñan para el porvenir grandezas, imaginarias y felicidades imposibles, tampoco somos nosotros cristianos que aspiraremos nunca á comprimir en la naturaleza humana, con sus alientos legítimos los resortes de la fuerza.

¿Qué hay que hacer, pues, con ese triple movimiento? Una sola cosa pero una cosa grande; ilustrar, dirigir, guiar en sus vías legítimas esa idea, esa pasión, esa voluntad popular; porque, no lo olvidemos, ese triple movimiento es una potencia soberana, pero es un peligro supremo. Desgraciado, desgraciado, tres veces desgraciado vuestro siglo si no hubiera para dirigir ese movimiento una doctrina poderosa y una regla infalible. Este movimiento fuerte, pero descarriado, conducirá á abismos sin fondo á generaciones impacientes por subir á grandezas sin límites. Por el contrario; salud, salud al siglo XIX, si hay para dirigir ese impulso una regla segura, una fuerza eficaz. Ese impulso que en su conjunto no es mas que el impulso hácia lo perfecto, nos hará subir de grado en grado hácia grandezas siempre nuevas, y vuestro siglo hará prodigios que la humanidad despues de tantos prodigios contemplará con una admiración que se rejuvenecerá de siglo en siglo como su propia fecundidad.

Pues bien ¡gloria á Dios y esperanza para los hombres! Existe la regla del progreso, *El cristianismo*.

El cristianismo es la doctrina del progreso, el cristianismo es la ley del progreso, el cristianismo es la historia del progreso, el cristianismo es el progreso mismo. Jesucristo es quien se eleva, Jesucristo es quien se dilata en el espacio y en la duración; y por esta elevación divina y por esta expansión siempre creciente, débè llevar consigo á la humanidad á un progreso divino.

Hé aquí lo que aparecerá con evidencia en el curso de estas conferencias. No voy á hacer hoy una demostración, voy á levantar una bandera diciendo con el crucifijo ante mis ojos... Miradle, El es... El... el crucificado, el verdadero Dios del progreso. El, quien realiza todo lo que vosotros deseais. El, quien os trae todo lo que amais. El, que diviniza todo lo que adorais... Miradle, yo os le enseño, yo os traigo su palabra pidiendo para El vuestras adoraciones. Escuchadme... Hombres del siglo XIX, adoradores del progreso, yo os convidó á una adoración común, á los altares del Dios que buscáis y que ya adorais aun sin conocerle.

Hace diez y nueve siglos el mayor predicador del Evangelio apareció para anunciar á Jesucristo en una ciudad brillante que daba asilo á todas las filosofías, á todas las artes, y á todas las idolatrías. Conducido ante una Asamblea famosa para que diera cuenta de su conducta, Pablo pronunció este discurso. «Atenienses, yo os veo entregados con exceso á la superstición, vuestras adoraciones se dirigen por todas partes á divinidades ficticias. Al atravesar vuestra ciudad, he visto vuestros ídolos y he encontrado un altar en el que estaba escrita esta inscripción *Ignoto Deo*.. Ese Dios desconocido, ese Dios que adorais aun sin conocerle, yo vengo á anunciarosle.

Hombres de la nueva Atenas: Yo tambien he atravesado vuestra ciudad llena de toda idolatría: Yo he pasado por vuestras plazas públicas: Yo he visto todos

vuestros dioses, dioses de placer, dioses de plata, dioses de la industria, todos esos dioses que son vuestros dioses y en medio de ese panteon inmenso que habitan tantas divinidades modernas, he visto altares erigidos á una divinidad misteriosa. En el frontispicio de vuestros templos de la industria, y de vuestros templos de las bellas artes, y de vuestros museos europeos he creído leer tambien esta inscripcion *Ignoto Deo*. Ese Dios desconocido, oculto en el porvenir, velado con misterios de sombras, recibe al presente los homenajes y la adoracion de todos. Pues bien... ese Dios que vosotros adorais y que no conoceis yo le conozco y vengo á anunciárosle... es Jesucristo el Dios del verdadero progreso. El es el que á todo da vida, soplo y movimiento. El ha marcado nuestros límites en el espacio y nuestros eternos en la duracion. Nosotros somos la raza; nosotros somos sus retoños: nosotros somos El mismo: nosotros no podemos vivir, engrandecernos, ni progresar mas que en El.... Crezcamos en El de todos modos; hasta que hechos á la medida de su plenitud lleguemos de progreso en progreso, al ideal de nuestra perfeccion, al hombre perfecto.

Conferencia II.

¿CUÁL ES EL PRINCIPIO DEL PROGRESO?

I.

Hay dos cosas fundamentales sobre las cuales debe apoyarse necesariamente la verdadera doctrina del progreso: el principio y el fin: el origen y el destino, el punto de partida y el punto de arribada. Todo progreso realizado en el tiempo es necesariamente una marcha entre estos dos términos. Progresar, es marchar de un punto de donde se sale á un término adonde se llega; es partir de alguna parte para llegar á alguna cosa. Toda filosofia ó toda teología que aspire al honor de dar á los hombres una doctrina verdadera del progreso, debe desde

luego responder á estas dos preguntas: ¿De dónde venimos? ¿á donde vamos? ¿cuál es el punto de partida? ¿cuál es el término del progreso humano?

Las filosofías puramente humanas son impotentes para resolver estas dos cuestiones previas, que propone á toda filosofía el buen sentido popular. Los teóricos mas atrevidos del progreso han confesado la impotencia de sus sistemas sobre estos dos puntos esenciales. Ellos han dicho... La humanidad marcha entre dos misterios, el misterio del origen y el misterio del fin, y lo que ellos llaman progreso humano no es mas que una agitacion sin punto de partida y sin fin determinado.

El cristianismo por el contrario conoce é ilustra los dos extremos del progreso humano, el punto de partida y el punto de arribada, y por consiguiente fija las dos primeras bases de la doctrina del progreso.

Antes de llegar á cuestiones mas prácticas que promueve el progreso, es necesario establecer sobre estas dos grandes bases su verdadera doctrina; decir cual es su punto de partida, y decir cual es su término.

Yo me limito hoy á considerar al progreso en su punto de partida, y digo que el cristianismo solo, por medio de tres dogmas que se comunican mútuas claridades, nos señala con una luz suficiente el punto de partida del progreso humano.

II.

Efectivamente, el cristianismo señala el punto de partida del progreso, porque estableciendo el dogma de una creacion exactamente definida, dice claramente por donde empieza el hombre. Para llegar á resolver doctrinalmente la cuestion del origen, no hay mas que dos vias; la via del panteísmo y la via de la creacion.

Los que quieren fundar una doctrina del progreso rigurosamente anti-cristiana, niegan la creacion *ex nihilo*, la produccion libre del hombre por el poder de Dios. Ellos son resueltamente panteístas. Pero segun esta doctrina, cuyo valor

no se discute aquí ¿qué es el hombre? ¿De dónde viene? Esta doctrina responde: «El hombre es *divino*, sale de Dios como la planta de la raíz, como la flor del tallo, como el perfume de la flor. El hombre, según esta doctrina, es, como se dice hoy, una evolución, una germinación, una florescencia, una emanación de Dios; fruto fatal de un progreso necesario; florescencia de una vegetación de Dios, escondida para siempre á las miradas de la ciencia.

¿En qué rango de la gerarquía del ser se colocó desde luego aquel que mas tarde debia levantarse tan grande? Esto es un misterio. ¿En qué grado en el orden de la sensacion, del instinto, del sentimiento ó de la inteligencia? Tambien esto es un misterio. ¿Bajo qué forma primera, en qué irradiación de fuerza, de belleza y de armonía? Ese es otro misterio y siempre misterios. ¿Cuál es el primer día de ese hombre salido por una fuerza invencible de la exuberancia divina? ¿Es un animal transformado? ¿Y ese animal de dónde viene? En ese sistema de transformaciones lejanas no es posible detenerse. Como el hombre sale del animal, el animal sale del vegetal, el vegetal del mineral y el mineral, agregación secular de los elementos de la materia, es por sí mismo el resultado de transformaciones lejanas aun, así es preciso seguir conducidos por esa filosofía congetural, ahondar de capa en capa las grandes elaboraciones de los siglos; pasar á nado cataclismos, y mas cataclismos, para estraviarse desde ellos en no se qué creación fluidica, en la que la materia se evapora en un océano de gas, y en que el espíritu se desvanece en la nada de la doctrina y en el vacío del pensamiento.

Pero una filosofía mas formal se presenta en nuestros días para explicar el misterio del origen y el punto de partida del progreso. Los filósofos contemporáneos dicen: Nosotros no somos cristianos, pero tampoco panteístas. Nosotros negamos la evolución fatal, nosotros admitimos la creación. Sea así; pero panteístas ó no, la cuestión quedará en pié siempre que

no tomeis por punto dogmático de partida, los datos mosaicos. Vosotros afirmáis el progreso, decís por donde *empieza* el hombre, decís tambien el hombre se ha engrandecido... ¿cómo lo sabéis si ignoráis lo que fué al principio

Ya lo veis: eso no es ni el dogma, ni la doctrina, ni la historia, ni la certidumbre. Eso es una congetura, eso es una opinion, esa es la variedad indefinida en esa misma opinion. Pero yo me equivoco, señores, esos grandes exploradores del origen, en su mayor parte están de acuerdo en un punto. Ellos dicen, por lo menos sabemos que el hombre fué desde luego *salvage*. La razón les parece demostrativa. Subiendo de edad en edad con la marcha de las naciones por la corriente de las civilizaciones, descubren detrás del hombre civilizado al hombre *salvage*. Ellos dicen: Nosotros sabemos que el hombre en todas partes fué primeramente *salvage*. ¿Lo sabéis? ¿habeis mirado lo que hay detrás del hombre *salvage*? ¿el *salvage* es un ser elevado ó un ser caído? ¿es el hombre en su origen entrando en un camino por el que va á subir de siglo en siglo, ó es el hombre degradado que siempre va en escala descendente? ¿Y estais seguros que detrás del hombre *salvage* no hay nada mas elevado que el hombre en ese estado....?

¡Ah! señores; permitidme que os lo diga con legítima franqueza. Cuando ese dogmatismo artificial sin apoyo en la doctrina y sin datos en la historia, dice, mirando á nuestro pasado. «Yo he visto la cuna del hombre, yo sé cual es el punto de partida del progreso humano» bien puede decirse que esta vez la sabiduría ciega á los sábios, y que lo que ellos llaman sabiduría no es otra cosa que la duda que se encubre y la ignorancia que se oculta con el orgullo de mas y la sinceridad de menos.

Así la filosofía humana deja envuelta en sombras impenetrables la cuna del hombre y el punto de partida del progreso humano... ¡Fuera las tinieblas, y venga

la luz! ¡ que la luz sea; y que sea desde el principio!

El cristianismo establece aquí la creación como punto de partida; pero una creación exactamente definida, la creación sola, á la vez filosófica y popular; el hombre creado de la nada por la acción libre de Dios. De cualquier manera que Dios haya preparado al hombre su morada real, el hombre aparece en un día marcado, en una forma determinada, con su fisonomía completa y su tipo acabado, sale de un solo golpe de la mano y del soplo de Dios: de su mano que construye su cuerpo, de su soplo que le inspira un alma. Dios petrifica con la arcilla de la creación ese cuerpo armonioso, en el que reúne, como en un compendio espléndido, todas las bellezas esparcidas en las creaciones colocadas por debajo de él; con un soplo de sí mismo crea esa alma, en la que imprime el sello de su sustancia, y en la que hace relucir todos los reflejos de sus propias perfecciones; y esa alma con ese cuerpo que ella anima, la atrae á sí mismo dándola como resorte de la vida la aspiración al infinito. Así hizo Dios al hombre, á su imagen y semejanza. El ha puesto al hombre cara á cara delante de sí mismo, El le ha marcado con el sello de su rostro, El le ha vestido con su fuerza, El le ha dado el poder, y El ha hecho descender de su frente un terror que doma á los animales. El le ha dado el juicio, la palabra, ojos, oídos, inteligencia para comprender, y corazón para amar. El ha puesto en aquella plenitud de la ciencia, y en este la plenitud del amor: El le ha señalado el bien y el mal y le ha dado libertad para escoger.

Ved ahí al hombre, tal y como nos lo revela en su primera hora, un dogma claro y definido; vedle ahí radiante en su primera aurora, con esa belleza completa en que vienen á mezclarse sin confundirse todos los esplendores de la creación y todos los reflejos de Dios, todos los dones de la gracia y toda la perfección humana trasfigurada por la vida de Dios.

Ved ahí al hombre primitivo; no sale de una larga y misteriosa elaboración

de las fuerzas de la naturaleza, sale de un solo golpe de todo el poder del Creador; no es ni Gigante, ni Titan, ni Cíclope, ni Feliquista, ni Salvage, es hombre; hombre completo en su tipo acabado y en su belleza ideal: es hombre perfecto; miradle, héle ahí, se levanta sobre sus dos pies, mira al cielo dominando á la tierra, como el que busca á su Creador para llevar con él hácia su centro divino la creación que se reasume y resplandece en él.

III.

Pero no basta el dogma de la creación para ilustrar el punto de partida del progreso. Ante esa grandeza primitiva y ante nuestra miseria se pregunta con estupor ¿ cómo ha descendido tan bajo el hombre colocado tan alto? El cristianismo á la palabra *Creación*, añade esta otra *la Caída*, palabra reveladora sin la cual no es posible comprender la verdadera doctrina del progreso.

¡ Ah! señores, yo me conozco ahora hijo de la luz y tengo también necesidad de esclamar aquí; ¡ fuera las tinieblas! ¡ que la luz sea! A la pregunta que se hace, como aparece el hombre tan bajo habiendo sido criado tan alto, me responde mi doctrina; *el hombre ha caído*; y aquí como siempre el cristianismo es claro, afirmativo, histórico. Colocado después de 6,000 años en medio de generaciones que llevan aun sobre sí mismas los vestigios inefables del desastre primitivo, grita con voz que jamás se apagará « el hombre ha caído y ha caído porque ha querido caer. » Elevado tan alto por un Dios que dos veces ha sido liberal para el hombre, el hombre quiso subir aun mas arriba, y cayó bajo el golpe de un castigo doblemente merecido. Por esta puerta abierta de una prevaricación solidaria, entró el mal en la naturaleza humana, y con él un antagonismo radical á su propio destino. Por efecto de este golpe se desencadenó en el hombre la concupiscencia, es decir, todas las

pasiones dirigidas contra su fin, fuerza formidable una y colectiva al mismo tiempo, que iba á conspirar en el hombre contra el hombre mismo para precipitarle á su ruina y decadencia.

El hombre entonces bajo el impulso de esa fuerza retrógrada que tomó asiento en el centro de su propia vida, se encontró amenazado de una decadencia perpétua. Criado para subir de perfeccion en perfeccion hasta la posesion del infinito, irá, si nada le detiene, rodando de caida en caida hasta la irremediable separacion del infinito.

Tal es el segundo dogma que el cristianismo establece en la cuna del hombre, como una segunda antorcha para ilustrar el punto de partida del progreso humano.

Con esta palabra la *caida primitiva*, la *decadencia humana*, y para hablar como habla la Iglesia, *el pecado original*, el cristianismo desata y resuelve todos los grandes problemas que se refieren á la doctrina del progreso.

Una vez establecido este dogma, la teoría del progreso fatal se desvanece como una sombra ante las luces del dia. Aun en el estado de justicia el hombre no ha marchado fatalmente por la vía del progreso; viviendo con la vida sobrenatural, con la misma vida de Dios, ha caido de la vida divina, y con una caida libre y consentida se ha arrojado él mismo por las pendientes de la decadencia. Agoviado con el peso de su caida ¿cómo llevará la ley de un progreso fatal y de un perfeccionamiento necesario? ¡ Ah! ; perezca para siempre la doctrina del progreso fatal! Esta filosofía que aspira en la historia á consagrar todos los trastornos y á divinizar todos los sucesos, ha sido herida de muerte por el dogma de la *caida*, y no volverá á levantarse sino para volver á caer bajo el peso de la verdad y bajo el anatema de los pueblos. La cuestion del mal moral y de su influencia en la vida humana, ha encontrado tambien su solucion total en este dogma doblemente revelador.

El mal que está en la humanidad, no

es un mal *relativo*, es un mal *en sí*; es la vida alejada de su fin, es el antagonismo al progreso, y este mal real, positivo, palpable, que vive en la humanidad, que se respira en el aire, no está fuera del hombre en las instituciones humanas y en las formas sociales, como han soñado algunos espíritus agitados y enfermizos, está en el hombre mismo, está en el corazón del hombre, foco perpétuo y vivo desde donde hace explosiones periódicas.

Desde entonces la ley soberana del verdadero progreso, se desembaraça con gloria del desastre primitivo, y la lucha perseverante y generosa contra el antagonismo innato de las pasiones que le empujan á la decadencia, será para el hombre caido la condicion del verdadero progreso el progreso aun despues de la *caida*: Dios quiere el progreso en el hombre; pero lo quiere con la condicion del esfuerzo y como el premio del dolor, y á fin de comunicarle valor, hace brillar ante sus ojos el signo glorioso del verdadero progreso, el astro de la esperanza, el estandarte sangriento de la Restauracion.

IV.

La reparacion ó la redencion es la tercera palabra con que el cristianismo acaba de iluminar el punto de partida del progreso....

La ley divina del progreso es progresar en nuestro estado actual, es volver á subir á la cima en que el hombre fué colocado en el plan primitivo de la creacion. Lo que elevaba al hombre á esa cima sublime, era un principio sobrenatural, era la vida de Dios en el hombre. De ahí resulta que para que el hombre vuelva á remontarse á su grandeza primitiva y para hacer que recupere su marcha progresiva, es necesario que la vida de Dios vuelva á la vida del hombre.

Ved ahí por qué la cuna de Belen, que es la cuna del cristianismo, ha sido designada por los cristianos como punto de partida del verdadero progreso; y es porque en esa cuna vuelven á encontrarse Dios y el hombre; es porque en esa cuna

la energía divina descendiendo sobre la debilidad humana, es, en fin; porque en esa cuna Dios viene otra vez al hombre. El día en que se dijo *Emmanuel*; *Dios está con nosotros*, en ese día pudo recobrar el progreso su interrumpida marcha. *Emmanuel*; Dios está en la humanidad; la fuerza que impulsa de abajo á arriba ha sido restituida al hombre; el hombre puede volver á levantarse, el hombre puede engrandecerse. Sí, señores, el nuevo progreso nació con Jesucristo Dios, en el establo de Belén, y recibió en el Calvario el bautismo de la sangre y la consagración del dolor. Allí, allí empieza el progreso y desde allí por el impulso ascendente de la fuerza divina, va á lanzarse para dilatarse de siglo en siglo y de frontera en frontera, en el doble campo del espacio y de la duración.

Jesucristo restaurador, levantado en lo alto de la Cruz en medio del universo y del tiempo, es la verdad que alumbraba, es la belleza que se restaura, es la fuerza que vuelve, es la armonía que se restablece, es la grandeza que se remonta, en una palabra, es el progreso que vuelve á empezar, porque es la reparación que se realiza. Todo lo que hay más verdadero, todo lo que hay más bello, todo lo que hay más santo, todo lo que hay más perfecto, todo partirá de *El* para volver á *El*, por que *El* es el alfa y el omega del progreso, *El* es el principio y el fin, *El* es el camino que conduce del uno al otro.

Tal será en los siglos nuevos la grande é indeclinable ley del progreso verdadero. Todo pueblo que marche hácia Jesucristo subirá y caminará de progreso en progreso. Todo pueblo que se aleje de Jesucristo descenderá y caminará de decadencia en decadencia. Para conocer en los siglos nuevos cual es el progreso y la perfección de un pueblo, os voy á dar una regla infalible; medid la distancia que hay entre ese pueblo y Jesucristo. Esta regla es el *criterium* divino del progreso de las naciones. Lo que digo de un pueblo, lo digo con más razón de un hombre; uno y otro serán tanto más per-

fectos, tanto más progresistas cuanto más y mejor se encaminen á Jesucristo, cuanto más se identifique con Jesucristo, cuando mejor realicen este ideal de su propia vida. *Christianus alter Christus*.

Tan fuerte es mi convicción, tan invencible es mi fé. Mi progreso es llegar á ser más y más imitador de Jesucristo. Soy cristiano, mi progreso es mi disminución y su aumento, la disminución de mí en *El*, y el aumento de *El* en mí.... Sí, mi disminución progresiva hasta el anonadamiento de mí; en *El*, y su aumento progresivo hasta la plenitud de *El* en mí, esa es la ley de mi vida, así lo creo, así lo proclamo delante de vosotros, este es mi credo de progreso, esta es mi profesión de fé en el siglo XIX.

Profesión de fé ¡ah! yo sé que hay otras muchas en este siglo de errores. Al oír hablar de un progreso inaudito á los nuevos creyentes, nosotros cristianos de otro género, que hace diez y ocho siglos venimos con Jesucristo desde las cimas del Calvario, nosotros estamos ocupados en descender y en arrastrar con nosotros á la humanidad por una perpétua y universal decadencia, nosotros buscamos el progreso del hombre en un principio divino; nosotros pedimos á todo lo que está alto, levante todo lo que está bajo. El racionalismo nos dice que estamos engañados; ¡él! que exige del hombre la restauración del hombre! ¡él! que exige á la naturaleza su propia restauración! ¿Quereis saber cuál es el secreto profundo del progreso racionalista? Hé aquí un resumen corto pero fiel.

Cualquiera que sea el origen del hombre y el Génesis de las cosas, cualquiera que sea la razón misteriosa de la lucha de todo contra el hombre, y del hombre contra todo, esa lucha existe. Combatir ese antagonismo con una energía perseverante y afanarse para vencer más y más en todo orden de cosas las fuerzas que se le oponen como un obstáculo, es en lo que consiste la ley de su progreso. Para realizar este progreso, el hombre no tiene necesidad de Dios, solo tiene necesidad de sí mismo porque este progreso tal y

como ellos se le imaginan es la victoria perpétua del hombre sobre todo lo que no es el hombre, ó para usar de su lenguaje, es el triunfo ascendente de el *yo* sobre el *no-yo*; es el hombre libertándose por su fuerza interior de las servidumbres esteriore, en una palabra, es el hombre redentor del hombre.

¡ Ved ahí la teoría francamente racionalista! ¡ El progreso anti-cristiano! Ya lo veis, es el *Yo* y siempre el *Yo*; el *Yo* con su orgullo, el *Yo* con sus oprobios, el *Yo* con sus impotencias, el *Yo* que se establece como principio, medio y fin del progreso; el *Yo* que exige con el aumento de si mismo la disminucion de Dios en él, es decir, la contradiccion al mas alto poder del progreso cristiano en el que el *Yo* quiere desaparecer exclamando con San Pablo: *Vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus.....*

Si; tal es la diferencia entre el cristianismo y el racionalismo, bajo el punto de vista presente. El racionalismo cree en el progreso humano por la accion exclusiva del hombre, el cristianismo cree en el progreso del hombre por la accion de Dios en el hombre. El uno pide el progreso intelectual al poder de la razon humana, el progreso moral á la energía de la voluntad humana, el progreso social á la expansion de la fraternidad humana, en una palabra todo el progreso del hombre por medio de todo lo que procede del hombre.

El otro sin anonadar ni la razon ni la voluntad, ni la fraternidad humana, cree ante todo en el progreso de la inteligencia humana por la luz de la fé divina, en el progreso de la voluntad humana por la energía de la gracia divina, en el progreso de la sociedad humana por la fecundidad de la caridad divina, en una palabra, en el progreso de todo cuando hay en el hombre por el auxilio eficaz de todo lo que es de Dios.

Teistas ó panteistas, materialistas, ó espiritualistas quienes quiera que seais, si no sois cristianos y francamente cristianos, ni creéis en el misterio de la reparacion, ni en la divinidad de Jesus re-

parador. Si, entre nosotros y vosotros hay esa diferencia, diferencia profunda, separacion radical en que nuestro amor por los hombres no tiene fuerza para anonadar el antagonismo que existe en el fondo de las cosas.

No, no, no hay entre nosotros y vosotros una cuestion de fechas, hay una cuestion de doctrina: lo que nos separa, no es la distancia de hoy á mañana, es la distancia del error á la verdad, es la distancia del cielo á la tierra, es la distancia del hombre á Dios, porque para reasumir en una palabra está separacion doctrinal, incapaz para romper entre nosotros y vosotros la atraccion de los corazones, baste saber; que vosotros quereis el progreso del hombre por la fuerza del hombre, y nosotros queremos el progreso del hombre por la fuerza de Dios.

¡ Ah! señores, que se acabe ese antagonismo de las inteligencias en una cuestion que se resuelve tan divinamente en el corazon de Jesucristo, tan ámplio que todo lo puede abarcar, tan alto que todo lo puede encumbrar.

(Se continuará.)

ANUNCIO.

Se halla vacante la tenencia de Cura de S. Pedro, anejo de la Mata, pueblo de treinta vecinos, que dista 500 pasos. Su asignacion es la que satisface el Gobierno á los de su clase: ademas percibirá del párroco 1,460 rs. y casa pagada, por el servicio que le preste, intencion libre que no le faltará, fuera de los dias de precepto; y si es orador podrá encargarse de los doce ó trece sermones que hay en la parroquia, y le producirán 1,200 rs. Las solicitudes al cura propio.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.